

Sexualidad Iniciática y la Metafísica del Sexo

El cuerpo como templo viviente donde oficia el sacramento del amor.

Andrés Yañez. Junio, 2025.

Nota del autor: Este ensayo se inspira en *Metafísica del Sexo* de Julius Evola, integrando además perspectivas psicodinámicas, esotéricas, chamánicas y metafísicas de diversas tradiciones.

Introducción

La sexualidad humana, lejos de ser un mero hecho biológico o un tabú vergonzante, es en realidad un misterio sagrado y una fuente de transformación interna profunda. A lo largo de la historia, las grandes tradiciones espirituales han intuido que en el *eros* se oculta una chispa divina, una vía hacia lo trascendente. Julius Evola, en su obra *Metafísica del Sexo*, afirma sin ambages que el sexo encierra “el misterio del Uno” incluso cuando es degradado por la animalidad o el sentimentalismo. Según Evola, “*el sexo es la 'mayor fuerza mágica de la naturaleza'; actúa en él un impulso en el que se esconde el misterio de la Unidad*”. En otras palabras, la energía erótica posee una cualidad *numinosa* capaz de reconectar al ser humano con la Fuente de la que emana toda vida.

No se trata de una idea nueva. Desde la antigüedad, filósofos y místicos han reconocido en el impulso sexual algo más que un instinto reproductivo. Platón, por ejemplo, relató en *El Banquete* el mito del andrógino, sugiriendo que el amor sexual es la búsqueda de nuestra otra mitad perdida, un afán de restaurar la unidad primordial del ser. En tiempos modernos, autores como Frithjof Schuon señalan que la sexualidad, cuando se vive en su marco tradicional legítimo y con “equilibrio psicológico y social”, puede incluso adquirir un carácter meritorio y sagrado. Esto implica que *no sólo cuenta el goce, sino también el contenido cualitativo* de la unión, su simbolismo objetivo y vivido. Otros místicos han postulado que el amor generado por los seres humanos se convierte *en alimento para los dioses...* El amor aparece primero como amor sexual y se desarrolla hasta el más elevado amor espiritual. Pero todo amor, sea inferior o elevado, es el aliento de los dioses”. Estas visiones convergen en una verdad perenne: **el eros contiene una dimensión sagrada** capaz de elevar, sanar y trascender la condición ordinaria.

Este ensayo explora, con tono iniciático y pedagógico, esa dimensión oculta de la sexualidad. Siguiendo a Evola y dialogando con la psicología profunda, la filosofía perenne y enseñanzas iniciáticas, abordaremos varios ejes temáticos centrales:

- La dimensión sagrada y sanadora del eros.
- El sexo como vía de trascendencia y rito iniciático.
- El poder exorcista en la dimensión erótica.
- La polaridad masculino-femenino y el misterio Andrógino.
- El cuerpo como templo alquímico y campo de transfiguración.
- Crítica a la visión profana y moderna de la sexualidad.

A través de estos temas, iremos tejiendo una síntesis que rescata la sabiduría tradicional y la experiencia vivida, presentando la sexualidad como un camino de *transformación interior*. El tono es el de una voz tradicional y sabia, despojada de relativismos posmodernos, que habla desde la gnosis y la experiencia. En última instancia, el propósito es orientar al lector en un viaje iniciático: comprender el sexo desde una perspectiva elevada, redescubriendo en la unión erótica un sacramento personal que puede sanar el alma y abrir las puertas del Espíritu.

La dimensión sagrada y sanadora del eros

Radha y Krishna en el bosque (miniatura, India, ca. 1820). La unión amorosa de la deidad masculina y femenina en la tradición hindú simboliza el éxtasis sagrado del eros, donde lo humano y lo divino se encuentran.

Desde una perspectiva iniciática, el *eros* no es simplemente un instinto físico, sino una fuerza *sagrada* presente en el corazón de la creación. Las antiguas cosmogonías reconocieron en el impulso sexual una energía divina: los mitos de Shiva y Shakti en la India, de Isis y Osiris en Egipto, o las danzas de Radha y Krishna en la poesía mística, todos revelan que la atracción entre lo masculino y lo femenino trasciende lo corporal para convertirse en un principio cosmo-ico. Eros es, en esencia, una *corriente de vida* que fluye entre polaridades para engendrar armonía y totalidad. Por ello se le ha asociado con la curación y la plenitud del ser.

En el plano humano, cuando la sexualidad se vive con conciencia y reverencia, despliega un poder sanador. El encuentro erótico auténtico no sólo procura placer, sino que toca las fibras más profundas del alma, permitiendo aflorar emociones, vulnerabilidades y anhelos muchas veces sepultados. Los psicólogos profundos han observado cómo el amor apasionado puede catalizar procesos de individuación y curación psíquica. En la intimidad erótica, si ésta está sustentada en amor y confianza, la persona puede *desarmar sus defensas* y exponer su ser verdadero – un proceso análogo al de la terapia, pero a un nivel más integral que involucra cuerpo, psiquis y espíritu. Donald Winnicott, por ejemplo, destacó la importancia del “espacio potencial” lúdico entre madre e hijo para el desarrollo saludable; de forma similar, podríamos decir que la pareja amorosa crea un espacio sagrado de juego erótico en el cual ambos pueden *regresar a la inocencia* y sanar heridas antiguas mediante la aceptación incondicional y el placer compartido.

Además, numerosas tradiciones han conferido al eros una cualidad de *medicina del alma*. En la antigua Grecia, *Eros* era hijo de *Poros* (abundancia) y *Penía* (pobreza), simbolizando que el amor erótico nace de la carencia pero conduce a la plenitud – un proceso intrínsecamente sanador. En el Taoísmo, las prácticas sexuales sagradas (como las enseñadas por Mantak Chia) buscan precisamente canalizar la energía sexual para revitalizar el organismo y prolongar la vida. Los taoístas ven la libido como *elixir interno*: adecuadamente refinada, puede curar desequilibrios físicos y emocionales. De hecho, Mantak Chia advierte que el objetivo no es meramente acumular energía sexual, sino transformarla en una energía sutil más elevada; enfatiza que al unirse íntimamente con alguien **“uno absorbe la esencia del otro”**, de modo que **“al elegir un amante estás eligiendo tu destino”**, recomendando por ello

la integridad y el amor auténtico en la unión erótica. Vemos aquí cómo el *eros* orientado espiritualmente se convierte en **fuerza sanadora**: purifica, integra y eleva a quienes participan de él.

Schuon, maestro de la sofía perenne, también sugiere que la unión sexual puede tener un carácter sacramental cuando se vive en el contexto adecuado. Él señala la “transparencia metafísica” de ciertos actos sexuales tradicionales, en los cuales el placer no se opone a lo espiritual, sino que lo refleja. Por ejemplo, en el marco del matrimonio sagrado o *hierogamia*, la entrega mutua de los amantes se entiende como ofrenda a la Divinidad. Así, el lecho conyugal deviene altar, y el éxtasis compartido, una forma de oración corporal. En estas experiencias sublimes, el *eros* sana nuestra sensación de separación y exilio interior: nos hace sentir enteros, conectados con nosotros mismos, con el otro y con el cosmos.

En suma, la dimensión sagrada del *eros* se manifiesta en su poder para unir y curar. Allí donde hay amor verdadero, deseo puro y conciencia, la sexualidad actúa como un bálsamo que restituye la unidad perdida del ser. Como dice un adagio sufí: “*cuando los amantes se abrazan, Dios sonríe*”. Quizá por eso los místicos afirman que todo amor –desde el sexual al místico– alimenta a los dioses porque en el fuego del *eros* el mundo se redime, la fragmentación se sana y lo divino vuelve a brillar en lo humano.

El sexo como vía de trascendencia y rito iniciático

Muchos caminos espirituales han considerado la sexualidad no sólo como algo sagrado, sino como una vía de realización mística en sí misma. Más allá del amor romántico o de la función reproductiva, el acto sexual consciente puede entenderse como un rito de iniciación: un pasaje transformador que eleva a los participantes a un nivel de ser superior. Las culturas tradicionales instituyeron rituales explícitos para guiar este tránsito. De hecho, en prácticamente todas las sociedades antiguas encontramos ceremonias de iniciación ligadas a la sexualidad: ritos de pubertad, matrimonios sagrados, rituales de fecundidad, etc. Como señala un comentarista antroposófico, “*para todas las culturas, las iniciaciones en determinadas fases de la vida –especialmente las iniciaciones en la sexualidad– son tradicionalmente un componente esencial*”. Reconociendo el inmenso poder del sexo, las sociedades tradicionales buscaban encauzarlo dentro de marcos simbólicos y sagrados, de modo que la energía desatada sirviera a la evolución del alma y no quedase en mero instinto caótico.

En las vías iniciáticas de oriente y occidente abundan ejemplos de este principio. En el hinduismo tántrico, el *maithuna* o unión sexual ritual es quizá la expresión más conocida: adeptos hombre y mujer se unen ceremonialmente, tras preparaciones purificadoras, no para gratificación egoica sino para despertar *la Kundalini* (la energía espiritual en la base de la columna) y fundir sus polaridades en un éxtasis iluminador. Tal práctica es considerada una senda expedita hacia la liberación, conocida como *Vía de la Mano Izquierda*, donde la energía del deseo –habitualmente obstáculo en la vida ascética– se transmuta en combustible para la consciencia. Julius Evola estudió en profundidad estas tradiciones tántricas y otras análogas, señalando que su finalidad es “*la unión integral del principio masculino –lo inmutable– y el femenino –la energía–*” en el interior del practicante, permitiéndole

trascender su limitada condición mortal. Del mismo modo, en la alquimia occidental se hablaba de la *coniunctio oppositorum* (unión de los opuestos) como clímax del *opus alquímico*: la figura del *Rebis* (andrógino alquímico coronado) representaba al adepto que, habiendo unido en sí mismo lo solar y lo lunar, lo sulfúrico y lo mercurial, nacía a una nueva vida espiritual.

No todas las prácticas sexuales iniciáticas son tan esotéricas o simbólicas; algunas se inscriben en contextos comunitarios concretos. Por ejemplo, Evola menciona la existencia, en ciertas culturas antiguas, de *ritos de desfloración ritual* donde una joven virgen era iniciada sexualmente por un sacerdote o iniciado para transmitirle una influencia espiritual (*baraka*, lo llamaban en contextos islámicos). La idea subyacente era que la primera unión marcaba profundamente el alma de la joven, abriéndola a planos suprasensibles; por ello debía realizarse bajo guía sagrada para despertar su consciencia en vez de traumatizarla. Lo mismo se ha dicho de las antiguas hierodulías o “*prostituciones sagradas*” en templos de diosas: las sacerdotisas se unían a fieles varones como encarnaciones vivas de la Diosa, de modo que el acto sexual sirviera como encuentro del devoto con la divinidad. Aunque muchas de esas prácticas degeneraron con el tiempo (provocando, por ejemplo, la clausura del templo de Isis en Roma bajo Tiberio, tras escándalos), su intención original era claramente **mística**: usar el sexo como puerta a experiencias extáticas y revelatorias.

La trascendencia que se busca a través del sexo iniciático tiene varias facetas. En primer lugar, implica trascender la conciencia ordinaria individual: durante la unión extática, la sensación del yo separado puede disolverse momentáneamente. Los amantes, al perderse el uno en el otro, *mueren* en cierto sentido a sí mismos – una pequeña muerte (*la petite mort*, como llamaban los franceses al orgasmo) que anticipa la muerte del ego buscada por los místicos. En ese abandono de las fronteras, muchos han vislumbrado la unidad con lo absoluto. De ahí que se tracen paralelos entre el éxtasis sexual y el éxtasis místico. Evola dedicó páginas a comparar “*los éxtasis eróticos y los éxtasis místicos*”, destacando cómo en ambos hay un elemento de salida de sí (*ex-stasis*) y comunión con una realidad mayor. No es casual que Santa Teresa describiera sus arrobamientos espirituales con lenguaje nupcial y sensual, o que místicos sufíes como Rumi usaran la metáfora del amante y la amada para hablar de Dios. Lo erótico y lo divino convergen en la experiencia de trascendencia.

En segundo lugar, trascender mediante el sexo significa también *ir más allá de la mera naturaleza*. La unión erótica consciente transforma al hombre y la mujer en algo más que dos seres biológicos reproduciéndose: devienen, por así decir, *dos dioses creadores*, co-creadores con lo divino en el acto de engendrar vida o de engendrar nuevas realidades espirituales. Ken Wilber, teórico de la psicología transpersonal, subraya que la evolución de la conciencia integra las energías básicas (como la sexual) elevándolas hacia expresiones más altas – un proceso de “*transmutación*” en términos alquímicos. Así, en lugar de reprimir la sexualidad (como a veces hizo la religiosidad puritana) o de abandonarla a la trivialidad, la vía iniciática propone sublimarla: reconocer en el goce físico la semilla de una bienaventuranza suprasensible. Tradiciones como la del *Kundalini Yoga* enseñan prácticas donde la energía sexual asciende por la columna transformándose en iluminación en el chakra coronario; de forma análoga, en el tantrismo taoísta se habla de refinar la *esencia sexual* (*jing*) en *energía vital* (*chi*) y luego en *espíritu* (*shen*).

Un punto esencial es que el sexo iniciático requiere ciertas condiciones: disciplina, consciencia, amor profundo y a menudo *ritualización*. Sin estos elementos, la enorme potencia del eros puede simplemente reforzar el ego o dispersarse. Por eso las escuelas iniciáticas insistieron en códigos y rituales – desde votos de castidad temporal para acumular energía (brahmacharya), hasta visualizaciones y mantras durante el acto sexual para mantener la mente en lo alto. Tales técnicas ayudan a que la unión carnal no se reduzca a descarga de tensión, sino que se convierta en un sacramento auténtico. Como expresó Evola, incluso en las relaciones más básicas subsiste la metafísica del sexo – pero es tarea del iniciado *hacerla consciente*. Al final, cuando la sexualidad se aborda con esta actitud reverente y transformadora, se confirma la intuición de Evola: “*si algún reflejo de trascendencia vive involuntariamente en la existencia corriente, eso sucede a través del sexo*” El sexo es, efectivamente, una vía regia hacia lo absoluto para quien sabe recorrerla con el espíritu adecuado.

El poder exorcista del éxtasis erótico

El éxtasis erótico –esa experiencia cumbre en la que cuerpo, corazón y alma parecen fundirse en una sola vibración de dicha– posee un poder de purificación comparable a un exorcismo. Diversas tradiciones y autores han observado que en el clímax sexual se libera una energía capaz de disipar bloqueos profundos y sombras psicológicas que anidan en el ser. El orgasmo pleno con amor puede funcionar como una suerte de *catarsis sacra*, expulsando “*demonios*” internos tales como la culpa, la vergüenza o el miedo, e infundiendo en su lugar una sensación de alivio, paz y conexión con la vida.

En términos psicodinámicos modernos, esto no es difícil de comprender. Wilhelm Reich, pionero del psicoanálisis corporal, afirmaba que las neurosis surgen de la inhibición crónica de la energía sexual (lo que llamó “*acorazamiento*” del carácter) y que el orgasmo genuino tenía un efecto de descarga y armonización del sistema neurovegetativo, liberando tensiones arraigadas. Para Reich, el orgasmo era literalmente *sanador* y su ausencia, patógena. Podríamos decir metafóricamente que el orgasmo “*exorciza*” las contracciones del alma. Cuando una persona logra abandonarse en brazos del placer amado, *deja caer* temporalmente sus máscaras y defensas; en ese temblor extático, viejos traumas o emociones congeladas pueden desprenderse y ser liberados con los gemidos y lágrimas de la unión. ¿Cuántas veces el llanto post-coito –incomprensible para la mente– es en realidad la salida de un dolor antiguo disuelto por el calor del amor?

Las culturas tradicionales entendieron este aspecto terapéutico del sexo y lo incorporaron a ciertos rituales. En las bacanales dionisiacas de la antigüedad griega, por ejemplo, los participantes se entregaban a danzas frenéticas, música y a veces un libertinaje sexual ritualizado con el fin de lograr un *éxtasis colectivo* que limpiara al individuo y a la comunidad de miasmas y “*espíritus*” perturbadores. Estas fiestas eran una forma de exorcismo social mediante Eros: el delirio erótico-divino expulsaba la locura malsana y restablecía el orden natural. De igual modo, en algunos rituales chamánicos de pueblos indígenas, la energía sexual juega un rol: hay chamanes que canalizan fuerzas eróticas en trance para extraer enfermedades o maleficios de los cuerpos de sus pacientes, *transmutando energías sexuales espiritualmente* con las entidades oscuras para dominarlas y expulsarlas. Son metáforas

potentes que muestran cómo el eros, correctamente encauzado, puede confrontar y vencer a las fuerzas destructivas, tanto internas como sutiles.

El éxtasis erótico, por su intensidad, abre también un estado modificado de conciencia. En el momento culminante, la mente ordinaria se *detiene*: no hay pensamiento discursivo, sólo presencia y sensación absolutas. Los místicos valoran enormemente ese silencio mental, porque en él puede resonar la *Voz del Espíritu*. Así, el orgasmo consciente se torna una puerta a lo numinoso. Muchas parejas han reportado experiencias “fuera del cuerpo” durante el sexo –sensación de volar, de fundirse con la luz, de ver el propio cuerpo desde arriba–, experiencias que recuerdan a las descritas por santos en sus éxtasis. No es casualidad que la palabra *éxtasis* signifique literalmente “salir de sí”. En la pequeña muerte del clímax, el yo cotidiano es momentáneamente exorcizado, dejado de lado, y en ese espacio puede asomarse la luminosidad del Ser.

Incluso en acto de presencia, por efectos de co-transferencia somático-energética, un iniciado podría exorcizar a su pareja, en pleno acto sexual, promoviendo el estar en un estado de presencia, cuidando la mirada, recordando la respiración, la corporalidad, la sintonización sublime y amorosa, en estados de “*alto voltaje sexual*”. Pudiendo incluso disolver recovecos de ancestros, energías pegadas, residuos traumáticos, demonios sexuales, en conciencia plena por parte de su pareja.

Por otro lado, el sexo iniciático exorciza los complejos y condicionamientos negativos respecto al cuerpo y al placer. Vivimos en culturas que durante siglos han inculcado vergüenza, miedo o desprecio hacia el cuerpo, especialmente hacia los órganos sexuales y el disfrute erótico. Esos condicionamientos actúan como verdaderos “demonios” psíquicos que atormentan al individuo con culpa o inhibición. Pero frente a la vivencia arrolladora de un encuentro sexual amoroso y extático, tales voces internas se disuelven. En la *inocencia recuperada* del éxtasis, uno se reconcilia con su propia carne como templo divino. Muchas personas narran que tras una unión amorosa profunda “*se sienten limpias*”, “*como nuevas*”. Esa sensación refleja la purga de viejos programas opresivos: ha ocurrido una liberación.

Evola indicó que incluso fenómenos extremos como el sadomasoquismo o la mezcla de dolor y placer en ciertos contextos eróticos tenían la función, conscientemente o no, de provocar estados límite similares a trances místicos. El dolor intenso puede llevar a la disociación y a la liberación de endorfinas y otras sustancias que inducen estados visionarios; algunas sectas (como los *Khlystis* rusos que estudiaba Evola, seguidores de Rasputín) practicaron orgías flagelantes buscando a través del exceso sensual y sufriente purgar el pecado y alcanzar la “luz”. Si bien esas prácticas son extremas y peligrosas, ilustran nuevamente la intuición de que el éxtasis sexual bien puede expulsar la oscuridad interior y acercar al individuo a lo numinoso.

En síntesis, el poder exorcista del éxtasis erótico radica en su capacidad para *romper nuestras ataduras* –físicas, emocionales y mentales– y devolvernos a un estado de espontaneidad y pureza similar al de la infancia o al de un ser regenerado. En la consumación amorosa realizada con entrega, la *sombra* personal se desvanece momentáneamente ante la irrupción de la *luz* del gozo. Se va lo espurio y queda lo esencial. Por eso tantas tradiciones equipararon

la bienaventuranza sexual con una bendición divina: sabían que, en el fragor de ese instante, algo demoníaco es expulsado y algo sagrado nace o se restaura en el alma.

Polaridad masculino-femenino y el Misterio Andrógino

La existencia de dos sexos, masculino y femenino, responde –según las enseñanzas tradicionales– a una polaridad fundamental del cosmos. Hombre y mujer no son meros constructos sociales intercambiables, sino expresiones de principios metafísicos complementarios: activo y pasivo, cielo y tierra, espíritu y alma, Sol y Luna, *yang* y *yin*. Esta dualidad recorre toda la creación, y su juego dinámico es fuente de vida y significado. Las tradiciones esotéricas han sostenido que originalmente estos dos polos estaban unidos en una unidad indiferenciada: el Andrógino primordial, un ser completo que contenía en sí la masculinidad y la feminidad en perfecto equilibrio. La separación de los sexos –“la caída en dos”– es vista como el comienzo de la experiencia humana y de la *búsqueda* fundamental: el deseo de volver a la Unidad perdida.

Evola, retomando a Platón, explica el sexo precisamente como *“una pulsión tendente a restaurar la unidad primordial”*. Cada encuentro erótico es, en el fondo, un anhelo de fusión total con el otro, de recomponer al Andrógino original que fuimos. Incluso en las formas más profanas o superficiales de amor subsiste este anhelo de fondo. Por eso, *“incluso en el amor más profano existe una dimensión trascendente reconocida por las civilizaciones tradicionales: un sacrum sexuelle que constituye la base de los ritos que usan la experiencia erótica para producir fenómenos mágicos, extáticos o místicos”*. En otras palabras, la polaridad sexual no es simplemente biología: es la manifestación terrenal de *un Misterio divino*. Y la atracción entre hombre y mujer –cuando se lleva a cabo con intensidad y pureza– puede abrir puertas mágicas y místicas precisamente porque recrea la coincidencia de los opuestos.

El *Misterio Andrógino* ha fascinado a místicos de todas las épocas. En la Cábala hebraica se habla de que antes de la creación los *Sephiroth* estaban en equilibrio andrógino en el Adam Kadmon, y que la separación de masculino (Zeir Anpin) y femenino (Nukva) fue un paso necesario para manifestar el mundo. El trabajo espiritual cabalístico busca reunir de nuevo a Dios y Su Presencia (Shekinah), simbolizados como Esposo y Esposa cósmicos. En el cristianismo esotérico, ciertos místicos (como Jacob Boehme) consideraban que Adán antes de Eva era andrógino, y que en Cristo –el “Segundo Adán”– esa unidad se restaura, por eso los redimidos “ya no se casan” sino que son como ángeles (que tradicionalmente se conciben andróginos). Incluso en el misticismo cristiano medieval aparece explícitamente la *doctrina del Andrógino*: Evola documenta enseñanzas de algunas corrientes esotéricas cristianas que contemplaban la unión del alma con Cristo como la formación del Andrógino divino interno.

En términos psicológicos, Carl Gustav Jung aportó la idea de que cada ser humano lleva dentro su contraparte del sexo opuesto (el ánima en el hombre, el ánimus en la mujer) y que la realización de la personalidad –la individuación– pasa por integrar esa polaridad interna. Jung llegó a decir: *“no se puede decir fácilmente qué sexo tiene tu alma; pero si prestas atención, verás que el hombre más masculino tiene un alma femenina, y la mujer más femenina un alma masculina”*. Así pues, la plenitud del ser requiere esta *coincidencia de los*

opuestos interior. El Andrógino simbólico no es alguien asexuado, sino alguien que ha unificado en sí mismo las cualidades masculinas y femeninas en armonía.

Ahora bien, reconocer la polaridad esencial no implica contraponer los sexos en términos de superioridad-inferioridad. En la visión tradicional, hombre y mujer son complementarios, no iguales en todo (como pretende el igualitarismo moderno) pero tampoco jerárquicamente comparables. Evola ilustró este punto con una imagen elocuente: “*preguntarse si la mujer es superior o inferior al hombre es tan absurdo como preguntarse si el agua es superior o inferior al fuego*”. Son distintos por naturaleza, cada uno excele a su modo según su arquetipo propio. La grandeza de cada sexo está en realizar su *idea platónica* –la feminidad pura en la mujer, la masculinidad pura en el hombre– y luego unirse en un matrimonio alquímico de energías. Cuando esa unión se da, emerge algo *nuevo* que trasciende a ambos: el Andrógino alquímico, símbolo de la perfección alcanzada.

La iconografía alquímica representó esta unión perfecta en la figura del Rebis: un ser hermafrodita con corona, sosteniendo compás y escuadra (símbolos del espíritu activo y el alma receptiva), de pie sobre un dragón dominado. Esto significa que al conjugar lo masculino y lo femenino, el adepto corona la *Gran Obra*, dominando las fuerzas inferiores (el dragón). En terminología tántrica hindú, sería la unión de Shiva (conciencia) y Shakti (energía) en la cima del cráneo, produciendo la iluminación. En términos más poéticos, es el *matrimonio del Cielo y la Tierra* dentro del corazón humano.

La polaridad masculino-femenino es también la base del *eros*. La atracción erótica es tanto más poderosa cuanto más acentuada está la polaridad. En las sociedades tradicionales, donde los roles de hombre y mujer estaban bien definidos, la tensión erótica impregnaba la vida de forma evidente; mientras que en la cultura moderna, que tiende a la unisexuación y a diluir las diferencias, a menudo se pierde esa chispa polar y la sexualidad deviene confusa o tibia. De allí que una comprensión iniciática de la sexualidad reivindique la distinción y dignidad de lo masculino y lo femenino en su danza cósmica. El *misterio andrógino* no consiste en borrar los sexos, sino en hacerlos cooperar en sincronía gloriosa.

En la práctica, esto significa honrar tanto al hombre como a la mujer en sus fuerzas propias, y buscar relaciones en que esa *complementariedad sagrada* pueda manifestarse. Cuando un hombre encarna virtuosa y noblemente su principio (solar, dador, protector, penetrante) y una mujer el suyo (lunar, receptor, nutriente, envolvente), el encuentro entre ambos adquiere un carácter numinoso. Ambos se convierten en ejes de una síntesis divina. Las dos mitades del símbolo chino del *Taijitu* (Yin-Yang) se abrazan formando un círculo perfecto: así el abrazo carnal-espiritual de lo masculino y lo femenino crea un mandala de plenitud. Es la unión hierogámica donde, por un instante, se resuelve la tensión originaria de la dualidad: los dos se hacen *Uno*, retornando al estado edénico anterior a la Caída.

Ese es el secreto del Andrógino: nos recuerda que la polaridad es sagrada y que su meta es la unidad trascendente. El *eros* es el hilo dorado que une los polos, el anhelo constante de cada parte por volver al Todo. En cada beso apasionado, en cada unión de cuerpos y almas verdaderamente entregada, late este misterio: algo del paraíso andrógino se filtra en el tiempo, sanando la división primordial. Comprender esto eleva la sexualidad a su dignidad metafísica: deja de ser un juego de opuestos en conflicto o un mero mecanismo biológico,

para revelarse como un ritual cósmico en el que participamos del drama eterno de la Unidad y la Dualidad.

Las diversas formas de amar.

No quisiera dejar de lado por omisión las diversas modalidades de amar. En numerosas tradiciones místicas, la bisexualidad y la homosexualidad aparecen revestidas de un aura sagrada, como expresiones del arquetipo del Andrógino primigenio. Mitos antiguos narran que la humanidad fue creada originalmente como seres duales, completos en sí mismos, que luego fueron divididos: había andróginos conformados por dos hombres, por dos mujeres o por hombre-mujer, cuyas mitades anhelaban reunirse en el amor. Estas leyendas sugieren que el *eros* original trasciende la división de los sexos, viendo en el amor entre personas del mismo sexo un intento de recomponer la unidad perdida. En la alquimia y la filosofía esotérica occidental, esta unión perfecta de opuestos se simboliza con el *Rebis* –el *andrógino alquímico*– que representa la conjunción de lo masculino y lo femenino y “el cese del tormento de la separación de los sexos”. Asimismo, diversas cosmogonías describen un *Ser primordial andrógino* (desde el *Adam Kadmon* de la Cábala hasta el *Purusha* védico) cuyo desdoblamiento dio origen al mundo, de modo que la perfección espiritual se asocia con volver a esa androginia originaria. En términos simbólicos, la bisexualidad y homosexualidad humanas –al encarnar en cierto modo esa dualidad unida– han sido vistas como un reflejo de lo divino: una *hierogamia* interna donde las energías masculina y femenina coexisten en armonía.

Dos Espíritus o “doble espíritu”: chamanes del tercer género

Muchas culturas indígenas veneraban a individuos de identidad sexual dual como seres *entre mundos*, dotados de poder espiritual. Entre los nativos norteamericanos se les conoce como *doble espíritu* (*two-spirit*), personas que integran en sí el espíritu masculino y femenino y desafiaban las categorías de la naturaleza, por lo cual eran consideradas *especiales*. Lejos de ser marginados, estos chamanes de género no binario servían a menudo como sanadores, mediadores y visionarios de la tribu. Cronistas coloniales registraron, por ejemplo, cómo ciertos guerreros de una aldea retrocedieron atemorizados ante un chamán *dos-espíritus* que se les enfrentó, convencidos de que aquel ser andrógino poseía un gran poder místico invencible. De igual modo, en Mesoamérica y Sudamérica precoloniales encontramos señales de reverencia a la diversidad sexual: en la cosmovisión incaica la homosexualidad y la transgresión de género se vinculaban a lo sagrado. Para estas sociedades tradicionales, quienes combinaban atributos de hombre y mujer eran *bendecidos* con una visión especial; al unir en sí las dos mitades del mundo, podían servir de puente entre lo humano y lo divino, entre la tierra y el Gran Espíritu.

Mediadores sexuales en los templos antiguos

En la estatuilla sumeria en alabastro representando a dos sacerdotes gala músicos del templo de Inanna (Mari, ca. 2450 a.C.). Estos clérigos, identificados con roles sexuales ambiguos, servían a la diosa bajo un mandato sagrado andrógino. En las civilizaciones de

la Antigüedad, la sexualidad iniciática y la ambigüedad de género tenían un lugar en los cultos religiosos. En Sumeria, por ejemplo, existía la casta sacerdotal de los *gala*, devotos de la diosa Inanna (Ishtar), quienes eran considerados *sacerdotes andróginos* al adoptar nombres femeninos y funciones rituales no convencionales. Los textos antiguos indican que “gala” designaba a hombres que desempeñaban el rol receptivo en rituales homosexuales sagrados, con gestos y vestimentas femeninas, como parte del culto divino. Su comportamiento no era visto como libertinaje profano sino como una *costumbre sagrada* cargada de significado simbólico, que otorgaba a estos sacerdotes un estatus único en la sociedad.

En otros templos del Oriente Próximo, figuras similares actuaban como mediadores sexuales con la divinidad. Los *kedoshim* (hieródulos masculinos) en Canaán y Fenicia servían en santuarios de Astarté, y en los ritos de la *Magna Mater* (Cibeles) los sacerdotes *galli* renunciaban a su virilidad ordinaria: estaban obligados al celibato y llegaban a castrarse voluntariamente para consagrarse por completo a la diosa. Tales sacerdotes eunucos vestían atuendos femeninos, abandonando la identidad masculina común para convertirse en *servidores liminales* de la divinidad, a menudo participando en procesiones extáticas y danzas rituales donde encarnaban la unión de polaridades. De manera semejante, en la antigua India se reconoció desde épocas remotas la existencia de un *tercer género* sagrado: los *hijras*, devotos de la Madre Divina. La tradición hindú acepta dioses con rasgos de ambos sexos y por ello admite un “*tercer sexo*” como parte del orden cósmico. Los *hijras* – a menudo llamados también “*eunucos sagrados*” – se consagraban a diosas como Bahuchara Mata (aspecto de la Madre universal) y eran invitados a bendecir nacimientos y bodas, portando así la antigua creencia de que quienes trascienden el binario sexual portan una chispa de poder numinoso. Lejos de ser visto como vicio, este rol de *mediador sexual sagrado* fue durante milenios parte integral de la liturgia en diversos templos, uniendo lo humano con lo divino a través del misterio erótico.

Misticismo cristiano: el amor androginado

Icono bizantino del siglo VII que representa a los santos mártires Sergio y Baco junto a Cristo (en el centro). Algunos historiadores interpretan su vínculo sacralizado como una unión espiritual bendecida, análoga a un matrimonio en la fe. En la tradición cristiana primitiva y medieval también afloran ejemplos donde la amistad y el amor entre personas del mismo sexo se revistieron de simbolismo sagrado. El Evangelio de Juan describe la íntima cercanía entre Jesús y “*el discípulo amado*” –tradicionalmente identificado como Juan el Apóstol–, quien reclinó su cabeza sobre el pecho de Cristo en la Última Cena. Los místicos han interpretado este gesto como la señal de un vínculo espiritual excepcional, una unión de almas más allá de las categorías terrenales de género, figurando a Juan como arquetipo del alma que ama a Jesús como arquetipo del Espíritu. Por otra parte, en los primeros siglos surgió la historia de los santos *Sergio y Baco*, oficiales romanos y mártires cristianos del siglo IV, cuya relación fraterna está relatada en términos de amor conyugal. Un antiguo texto griego narra que estaban “unidos por el amor mutuo” y algunos eruditos sugieren que pudieron haber sido consagrados mediante el rito de *adelfopoiesis* –una suerte de bendición de hermandad que ciertos autores equiparan a un matrimonio espiritual entre personas del mismo sexo en la Iglesia temprana. De hecho, iconos antiguos los muestran lado a lado con Cristo como testigo central, del mismo modo que en el arte sacro romano se representaba a

los esposos con una deidad entre ambos como garante de su unión. Durante siglos, Sergio y Baco fueron venerados conjuntamente, y su memoria ha perdurado como símbolo de una unión sagrada entre iguales.

Cabe destacar que la espiritualidad cristiana, en su dimensión esotérica, también abrazó la idea de una androginia interior. Padres de la Iglesia como San Gregorio de Nisa hablaron del estado edénico original del ser humano como andrógino, y el apóstol Pablo afirmó que “no hay hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo” –indicando que en el plano trascendente se trascienden las dualidades de sexo. Varios santos y santas cultivaron profundos lazos de “amistad espiritual” entre personas del mismo sexo que eran celebrados sin escándalo, entendidos como un *amor agápico* (de alma a alma) que reflejaba la unidad de corazón en Dios. Incluso rituales de adelphopoiesis o “hermanamiento” entre monjes o caballeros cristianos se practicaron en la Edad Media con connotaciones de pacto sagrado, mostrando que el eros fraterno podía integrarse a la vida devocional. Así, bajo el velo de la simbología cristiana, la bisexualidad del alma –la capacidad de amar lo divino en cualquier forma– y la unión afectiva entre iguales hallaron un lugar reverente, evocando la comunión de las almas justas en el cielo donde, según Jesús, “ni se casan ni se dan en casamiento” porque son como ángeles, más allá de hombre o mujer.

Alquimia y Tantra: la fusión de polaridades divinas

En las tradiciones iniciáticas de Oriente y Occidente, la unión de las polaridades sexualizadas es vista como camino a la trascendencia. La vía tántrica, por ejemplo, concibe la energía masculina y femenina como aspectos inseparables de la *Shakti* universal. En el hinduismo esta verdad se representa en la figura de Ardhanarīshvara, la forma andrógina del dios Shiva unido a su consorte Parvati en un solo cuerpo: mitad varón, mitad mujer. El simbolismo de esta deidad sugiere que los principios masculino y femenino no son opuestos irreconciliables, sino dos mitades que *juntas conforman lo divino*, “inseparables” en su esencia última. Un antiguo texto védico declara que al comienzo “la criatura primordial era como un hombre y una mujer entrelazados” hasta que se dividió en esposos, tal como en otros mitos la unidad original se escindió para dar origen a la creación. El objetivo de las prácticas tántricas –ya sean físicas o meditativas– es restablecer esa unidad interior, realizando en el propio microcosmos humano la boda sagrada de Shiva-Shakti, de la conciencia pura y la energía creativa. En el budismo tántrico tibetano, análogamente, las imágenes de deidades en unión (*yab-yum*) enseñan que la iluminación surge de la integración de las dualidades: sabiduría y compasión, vacío y forma, *lo masculino y lo femenino* fundidos en un abrazo eterno.

Del lado occidental, la Alquimia renacentista expresaba en su lenguaje simbólico la misma búsqueda de la *coniunctio oppositorum*, la unión de los contrarios. Los alquimistas describieron la culminación de la Gran Obra como el nacimiento del *Andrógino* alquímico: una figura hermafrodita, el *Rebis*, resultado perfecto de la *coniunctio*. Este Rebis –que en latín significa “la doble cosa”– era representado como un ser de doble cabeza (hombre y mujer) sobre un solo cuerpo, sosteniendo en sus manos los símbolos del Sol y la Luna. Según los textos, el Rebis simboliza la perfección y la totalidad, el estado al cual aspiraban los

sabios: “ser mitológico, similar al humano pero hermafrodita... Simboliza la dualidad, la perfección, el ideal inalcanzable”. Al forjar la unión alquímica de *Rey* y *Reina*, de azufre y mercurio, el alquimista creía sanar la escisión primordial de la materia y el espíritu, de lo masculino y lo femenino, restituyendo así la *unidad divina* perdida tras la caída. Esta visión alegórica de la fusión de polaridades no solo animaba los experimentos de laboratorio, sino que ofrecía una guía moral y mística: el adepto mismo debía convertirse en un ser integrado, “varón y hembra a la vez”, reconociendo en sí mismo ambos principios para nacer a una vida nueva. Tanto en el Tantra oriental como en la Alquimia occidental, la bisexualidad simbólica –la presencia concomitante de fuerzas masculinas y femeninas en el ser– es exaltada como camino iniciático: un proceso de unificación y *redención interior* que eleva al practicante a un estado de conciencia superior, más allá de las tensiones y divisiones del mundo dual.

El inconsciente bisexual: visión desde el psicoanálisis profundo

Las intuiciones de las tradiciones espirituales encontraron eco, tiempo después, en las profundidades del psicoanálisis. Sigmund Freud, pionero de la exploración del inconsciente, sostenía que todos los seres humanos nacen con una disposición bisexual original. Según Freud, cada persona incorpora rasgos psicológicos masculinos y femeninos, y en las fases tempranas de la vida la atracción erótica no está dirigida exclusivamente a un sexo: “*todos se sienten sexualmente atraídos por ambos sexos*”, afirmaba, y la heterosexualidad o homosexualidad definidas se desarrollan más adelante a partir de esa matriz inicial. Esta idea de una bisexualidad psíquica universal –una suerte de androginia del alma– fue retomada y profundizada por Carl Jung, quien la elevó al plano arquetípico. Jung reconoció en cada individuo la presencia de una *ánima* (aspecto femenino en el hombre) y un *ánimus* (aspecto masculino en la mujer) cuya integración es clave para la individuación, es decir, para la realización del Ser completo. Desde 1912 Jung desarrolla su teoría “basada en la aceptación de una bisexualidad psíquica radical en todos los individuos”, entendiéndolo que esta condición dúplex refleja “*de forma simbólica... otros dualismos polares más profundos*” de la psique; así, “la figura del Andrógino sería el símbolo de la unidad y armonía psíquicas” que busca el proceso de individuación. Para Jung, abrazar la propia androginia interna era sinónimo de sanación y totalidad: implicaba, según sus propias conclusiones, desterrar la idea freudiana de la homosexualidad como neurosis o patología. Al integrar las energías contrasexuales dentro de sí, el individuo trasciende las unilateralidades; en este sentido, el amor y la atracción dejan de estar rígidamente “dirigidos” solo a un género u objeto, revelándose más bien como un *Eros no-dual* que busca la comunión con el *otro interior*.

Autores posteriores de la corriente psicoanalítica profunda, como Wilfred Bion, han sugerido nociones afines al describir las etapas primitivas del psiquismo humano. Se ha hablado de un *amor primordial indiferenciado* –un *eros no dirigido*– en el bebé hacia sus figuras parentales, que precede a cualquier identificación de género u orientación. Tal perspectiva pareciera concordar con las visiones esotéricas: en lo más hondo del inconsciente, la *unidad bisexual* primigenia subsiste como fuente de creatividad, vínculo y crecimiento. Desde esta óptica, la homosexualidad y la bisexualidad no serían desviaciones ni “errores” de la naturaleza, sino manifestaciones legítimas de la psique en su búsqueda de totalidad. Al igual que el Andrógino

mítico un cielo y tierra, la persona que integra su masculino y femenino internos –y que ama sin las fronteras convencionales– se convierte en un puente viviente entre dualidades. En última instancia, la sexualidad iniciática, vivida de modo simbólico y reverente, reconoce en toda forma de amor auténtico un camino de retorno a la Unidad sagrada de la que brotan todas las polaridades. Así, la bisexualidad y la homosexualidad, comprendidas en su dimensión arquetípica, se revelan como expresiones sanadoras de *lo andrógino sagrado*: sendas misteriosas mediante las cuales lo humano participa de lo divino, reconociendo en la simbiosis de los opuestos una fuente de revelación y de gracia espiritual.

El cuerpo como templo alquímico y campo de transfiguración

En la senda iniciática de la sexualidad, el cuerpo humano ocupa un lugar central como *templo viviente* y laboratorio alquímico de la transformación interior. Contrariamente a visiones ascéticas o dualistas que oponen el espíritu al cuerpo, la filosofía perenne nos enseña a ver el cuerpo como una herramienta sagrada: el escenario mismo donde se lleva a cabo la *Gran Obra* de transmutar lo humano en divino. Y dentro de ese templo corporal, la energía sexual –la más potente de las energías vitales– actúa como fuego alquímico capaz de transfigurar la *materia prima* de nuestra naturaleza en el “oro” del espíritu despierto.

Toda iniciación auténtica es un proceso encarnado. Como indica Jorge Ferrer, una “*espiritualidad encarnada*” integra todos los atributos humanos, incluido el cuerpo y la sexualidad, en lugar de intentar trascenderlos mediante su negación. Esta integración significa que el cuerpo, lejos de ser un obstáculo, deviene vehículo y co-protagonista de nuestra evolución espiritual. En las tradiciones tántricas, por ejemplo, se dice que “*no hay nada superior al cuerpo*” porque únicamente a través de la experiencia corporal podemos alcanzar ciertas realizaciones (de ahí la importancia de los chakras, las posturas, la respiración, etc.). El cuerpo es el crisol donde se mezclan los elementos brutos (instintos, sensaciones) con elementos sutiles (emociones, arquetipos) bajo la guía de la mente lúcida (la sal, principio de estructura) para dar lugar –mediante el calor de la conciencia– a nuevas aleaciones del ser.

En el contexto sexual, el cuerpo revela plenamente su carácter de templo alquímico. Durante la unión erótica, múltiples “ingredientes” se ponen en juego: sustancias físicas (hormonas, feromonas, fluidos sexuales), energías etéricas, fuerzas emocionales, imágenes inconscientes, intenciones conscientes, y la chispa del espíritu que presencia. La interacción de todos estos componentes en un acto de amor es profundamente alquímica: hay *solutio* (disolución de barreras personales), *calcinatio* (ardor de la pasión que consume impurezas del ego), *coagulatio* (fusión tangible de los cuerpos en uno) y eventualmente *sublimatio* (elevación de la experiencia a significados espirituales). Los antiguos sabios que practicaban la *espagiría sexual* –una forma de alquimia interna por medios eróticos– entendían que la semilla masculina y los fluidos femeninos eran literalmente *materia prima* cargada de fuerza vital, la cual podía refinarse y absorberse en el organismo para nutrir la iluminación. En el

taoísmo sexual se habla del *elixir interno* obtenido reteniendo y reciclando el espermatozoides en el hombre, o transformando las esencias ováricas en la mujer, para fortalecer la salud y abrir los centros espirituales.

El cuerpo, pues, es visto como un retorta alquímica donde la energía sexual (identificada a veces con el mercurio filosófico, volátil y móvil) se combina con la energía del corazón (el azufre filosófico, ardiente) bajo la guía de la mente lúcida (la sal, principio de estructura) para dar lugar a la *pedra filosofal* de la consciencia unitaria. Metáforas aparte, esto se traduce en prácticas concretas: control de la respiración y de la tensión muscular durante el acto sexual para distribuir la energía por todo el cuerpo, visualizaciones de luz ascendiendo por la columna, mantención de la *atención plena* en las sensaciones sin dispersarse, etc. Tales prácticas –presentes en textos como el *Vigyan Bhairav Tantra* o en las enseñanzas de escuelas occidentales de magia sexual (p. ej. ciertos órdenes rosacruces y templarias)– tienen por objetivo transmutar la vivencia física en realización mística. La magia sexual busca tomar la fuerza más poderosa de la naturaleza (el sexo) y dirigirla a la expansión de la conciencia y la voluntad, en vez de malgastarla.

El cuerpo es también un campo de transfiguración porque en él se reflejan los estados del alma y pueden incluso manifestarse transformaciones sutiles fruto del trabajo interno. Los yoguis tántricos hablan de un “cuerpo de éxtasis” o *divya deha* (cuerpo divino) que se va formando a medida que la energía kundalini despierta y purifica los centros. De manera análoga, los místicos cristianos experimentaron fenómenos corporales –como estigmas, luminosidad del rostro, incorruptibilidad cadavérica– asociados a su unión con lo divino. En el plano sexual, cuando la energía erótica se sublima, a veces se observan signos en el cuerpo de la pareja: una especie de *aura magnética* se genera en torno a ellos, el magnetismo personal de ambos aumenta, sus rostros pueden irradiar un brillo peculiar post-coito (la “luz del sexo” de la que hablaban los esoteristas, posiblemente referido por Evola). Incluso, Mantak Chia menciona que las parejas que intercambian profundamente su energía sexual terminan *pareciéndose físicamente* con los años– una transfiguración paulatina en la que cada uno asimila rasgos del otro, señal de la alquimia de almas y cuerpos en marcha.

Ver el cuerpo como templo implica una actitud de *respeto y sacralidad* hacia él. Implica cuidarlo, honrar su sensibilidad, prepararlo para los *hieros gamos*. En las escuelas iniciáticas, era común la purificación del cuerpo antes de los rituales sexuales: dietas, ayunos, abluciones, ejercicios físicos (Hatha Yoga, artes marciales) para refinar los elementos. El cuerpo es la *iglesia viviente* donde oficia el sacramento del amor, y por tanto debe consagrarse. Al mismo tiempo, la visión sagrada del cuerpo derriba la vieja dicotomía cuerpo-espíritu: comprendemos que la materia corpórea *es* espíritu coagulado, y que mediante la pasión noble puede “volverse verbo” nuevamente. Es notable cómo la etimología de *carneval* (“adiós a la carne”) se vinculó a fiestas de desenfreno sexual que, en su origen pagano, tenían un sentido de liberación espiritual a través de la carne.

En resumen, el cuerpo humano, lejos de ser un lastre, es un aliado indispensable en la iniciación sexual. Es simultáneamente el recipiente, el instrumento y el escenario donde se realiza la *Gran Transmutación* del eros en ágape, del deseo en amor, del instinto en iluminación. Considerarlo un templo alquímico nos insta a habitarlo con consciencia, a participar activamente en la circulación de sus energías, a tallar en nuestra carne las improntas

del espíritu. La transfiguración que se opera a través del sexo sagrado no es abstracta: se siente en los huesos, en la sangre y en la piel, porque *todo nuestro ser* se ve involucrado. Así, poco a poco, lo denso se espiritualiza y lo elevado se encarna: el espíritu desciende a la materia y la materia asciende al espíritu. Esa es la verdadera *reunificación* – y ocurre dentro de este milagroso vehículo que es el cuerpo erótico-espiritual del ser humano.

Crítica a la visión profana y moderna de la sexualidad

Frente a toda esta comprensión sagrada e iniciática, la actitud predominante de la modernidad hacia la sexualidad aparece, en gran medida, como profana, reduccionista y desacralizadora. Julius Evola no dudó en comenzar *Metafísica del Sexo* criticando duramente la *hipersexualización* y la *feminización* del mundo moderno – entendiendo por ello que nuestra época, lejos de honrar el eros, lo trivializa por exceso banal y al mismo tiempo diluye las identidades sexuales bajo una falsa premisa de igualdad homogénea. En la visión moderna secularizada, el sexo ha sido rebajado ora a fenómeno puramente biológico (objeto de estudio de las ciencias, despojado de misterio), ora a entretenimiento hedonista y mercancía. El resultado es una pérdida de significado que tiene consecuencias profundas en el alma colectiva: relaciones vacías, adicciones sexuales, conflicto de sexos, nihilismo afectivo.

La mentalidad profana moderna tiende a ver en la sexualidad únicamente el aspecto de *placer consumible*. Bombardeada por la pornografía, la publicidad erótica omnipresente y la cultura del “hookup”, la sociedad ha convertido al sexo en un *producto de consumo rápido*. Esto atenta directamente contra su sacralidad, porque el ritmo frenético e impersonal del consumo erosiona la intimidad, la dedicación y la profundidad que hacen del acto sexual un acto de *entrega significativa*. Cuando la sexualidad se trivializa así, se vacía de su poder transformador: no sana, no trasciende, apenas gratifica superficialmente para pronto dejar tras de sí un poso de insatisfacción y cinismo. Cada orgasmo degradado a mero desahogo refuerza la sed sin fin de la mente, en vez de saciar al alma. Como decía el poeta sufi: “la lujuria es una copa con agujero – por más que bebas, nunca te llena”.

Otra característica del enfoque moderno es el materialismo: al negar o ignorar cualquier dimensión espiritual, se concibe el sexo como interacción mecánica de cuerpos y hormonas, punto. Este reduccionismo deja fuera todo el aspecto energético y anímico que venimos describiendo, por lo que la gente no comprende por qué padece ciertos malestares tras un uso “libre” de su sexualidad. Por ejemplo, muchos experimentan una especie de *vacío existencial* o desintegración personal tras promiscuidades sin sentido, pero la narrativa materialista no da cuenta de ello, ya que “si ambos consintieron y hubo placer, todo bien”. Sin embargo, como advierte Mantak Chia, ***acostarse con parejas degradadas o por mera lujuria puede bajar tu energía y hacerte asumir cargas kármicas ajenas***. La sabiduría tradicional siempre lo supo: el intercambio sexual crea lazos invisibles y efectos duraderos en el alma. La visión moderna, al negar esto, deja a las personas indefensas ante dichas influencias.

Asimismo, la cultura profana ha roto los ritos de paso y marcos comunitarios que antaño daban sentido a la sexualidad. La iniciación de los jóvenes en el misterio del sexo, que antes era guiada por mayores o por rituales sociales, hoy se realiza a escondidas, torpemente, a menudo con la pornografía como maestra perversa. Esto genera distorsiones y neurosis desde

temprano. Bert Hellinger, terapeuta de constelaciones familiares, observó cómo desórdenes en la sexualidad parental se transmiten a los hijos y causan destinos difíciles; insistió en la necesidad de restablecer el *orden del amor* (donde la pareja conyugal ocupa el lugar central y sagrado) para que la energía sexual fluya sanamente en la familia. Pero la modernidad ha atentado contra la familia estable, promoviendo en muchos casos la confusión de roles, la inversión de prioridades (hijos puestos por encima de la pareja, por ejemplo) y la ausencia de reverencia hacia la unión conyugal. Todo ello debilita la fuerza benéfica del eros en el sistema humano, generando sociedades desarraigadas y ávidas de compensaciones vacuas.

Además, el relativismo posmoderno —esa actitud que niega la existencia de verdades o naturalezas esenciales— ha llegado a postular que las diferencias sexuales son construcciones arbitrarias. Se difunde la noción de que masculino y femenino son etiquetas intercambiables a voluntad, desconectadas de cualquier fundamento ontológico. Desde una perspectiva iniciática tradicional, esto se ve como una ilusión peligrosa: equivale a jugar con las potencias del cosmos a ciegas. Negar la polaridad profunda de los sexos es como negar la polaridad eléctrica; se puede intentar, pero las chispas acabarán saltando de forma caótica. La confusión identitaria y la angustia que aquejan a no pocas personas en el ámbito de género hoy podrían ser en parte resultado de este desarraigo metafísico: al perder contacto con el arquetipo masculino o femenino (que no anula la individualidad, sino que la orienta), el individuo se extravía en un laberinto de definiciones y deseos fluctuantes que no logran anclar su alma. La tradición siempre vio en el ser hombre o mujer un *don* que implica una vía específica de realización —ni mejor ni peor que la otra, pero sí distinta y complementaria. Al renunciar a esa visión, la modernidad priva a la sexualidad de su sentido teleológico y sagrado, reduciéndola a terreno de experimentación infinita pero estéril en cuanto a sabiduría.

Por último, la visión profana ha fomentado una mercantilización del sexo sin precedentes. Cuerpos convertidos en objetos, erotismo usado para vender cualquier cosa, la intimidad expuesta en vitrinas digitales (redes sociales, *onlyfans*, etc.). Esto profana el carácter *íntimo* y misterioso que requiere la sexualidad para desplegar su magia. Como bien notó Evola, lo sagrado se relaciona con el secreto, con lo separado del uso común. Al exhibir y banalizar lo sexual, se mata su *mana* (poder espiritual). Es significativo que en las sociedades tradicionales el erotismo estuviera rodeado de velos, metáforas, códigos discretos —no por represión puritana, sino por respeto a su potencia. En cambio, la modernidad lo desnuda torpemente ante las masas, robándole su alma en el proceso.

La consecuencia de todo ello es una humanidad que, aun obsesionada con el sexo, está desconectada de su esencia sacra. Nunca se habló tanto de sexo y nunca pareció tan vacío. Se confunde libertad con desenfreno, igualdad con uniformización, placer con felicidad. Pero los indicadores de infelicidad abundan: alta incidencia de depresiones ligadas a rupturas y traiciones, adicción a la pornografía, impotencia y anorgasmia psicológicas en jóvenes saturados de estímulos, crecimiento de movimientos de frustración entre sexos (misoginia, misandria), etc. Todo esto señala que hemos perdido el rumbo.

Una voz tradicionalista y sabia clamaría por una rectificación. No se trata de volver a tabúes insensatos o a represiones hipócritas —esas fueron reacciones equivocadas que también oscurecieron el eros—, sino de reconquistar la visión sagrada. Reivindicar que la unión sexual debe darse en contexto de amor y responsabilidad, que los actos eróticos afectan las esferas

sutiles de nuestro ser, que masculino y femenino son realidades con sentido profundo, y que el placer carnal cobra su plenitud cuando se alinea con el alma y el espíritu. En palabras del escritor perennialista Nicolás Gómez Dávila: “una caricia es digna de un ritual”. Urge devolver al sexo su carácter ritual, su *liturgia íntima*.

Evola diría que la rebelión contra el mundo moderno en materia sexual consiste en *restaurar la dignidad metafísica del amor*, oponer al pansexualismo trivial la idea del *sacrum sexuelle*. Frente al mercantilismo frío, proponer la reverencia; frente al libertinaje nihilista, la responsabilidad sagrada; frente a la confusión, el orden polar; frente a la saturación obscena, el silencio fecundo del misterio. Sólo así el eros podrá nuevamente ser puente hacia lo Alto en lugar de abismo hacia la disolución.

Conclusión: Hacia una sexualidad iniciática y transformadora

Hemos recorrido un amplio espectro de visiones y enseñanzas que coinciden en un punto cardinal: la sexualidad, comprendida en toda su profundidad, es una fuerza santa y transformadora que puede conducirnos a la realización plena. En las palabras finales de *Metafísica del Sexo*, Julius Evola sentencia que el sexo –incluso en medio de la degradación moderna– mantiene viva su chispa trascendente, y que si “*algo del más allá brilla involuntariamente en la vida corriente, eso sucede a través del sexo*”. Esta afirmación resume el núcleo de la sexualidad iniciática: el eros es el *sacramento natural* por excelencia, el lugar donde lo humano toca espontáneamente lo divino, a veces sin saberlo.

Nuestro desafío, como buscadores en el siglo XXI, es saberlo y vivirlo conscientemente. Significa recuperar el carácter *sagrado* de cada encuentro íntimo, por humilde que sea; honrar a nuestra pareja como a un maestro o maestra en el templo del amor; cultivar la energía sexual en vez de despilfarrarla, y a la vez no temerle sino amarla como parte de nuestra vitalidad dada por el Cielo. Implica también sanar nuestras heridas eróticas: perdonar y perdonarnos por el mal uso del sexo en el pasado, liberarnos de culpas inútiles, reconciliar nuestro espíritu con nuestra carne. Significa reinstaurar en nuestra vida *rituales* personales en torno a la intimidad – desde encender una vela o meditar juntos antes del acto amoroso, hasta practicar ejercicios de respiración sincronizada o recitar oraciones y mantras que eleven la vibración. Cada uno hallará su forma, lo importante es la actitud de sacralidad.

La sexualidad iniciática no es una técnica, es sobre todo una **actitud interna** y un camino de conciencia. Es abordar el eros con los ojos del *alquimista* (que ve en lo burdo la materia prima de lo sutil), con el corazón del iniciado (que busca y ve a Dios en todas las cosas, también en el abrazo de su amado/a), y con el coraje del *guerrero espiritual* (que vence las sombras y las pruebas inherentes a integrar una fuerza tan potente). Requiere sabiduría (discernir el impulso genuino del mero capricho), amor profundo (que transmuta el deseo en don) y libertad interior (desprenderse de condicionamientos colectivos que enturbian la vivencia auténtica). No es un camino fácil en medio de una cultura que nada entiende de esto, pero precisamente por eso es un *camino iniciático contracorriente*: quien lo emprende, despierta en un mundo dormido.

En última instancia, la sexualidad iniciática nos conduce a la *unidad del ser*. Nos permite experimentar, aquí y ahora en la tierra, un vislumbre de la *unidad perdida* – aquella de la que hablan los mitos del Andrógino y del Paraíso. Cada unión amorosa plena es como un espejo fractal de la Unión suprema entre el alma y Dios, entre el yo y el Todo. Por eso, honrar el sexo es honrar la creación entera. Al re-sacralizar nuestra energía sexual, no sólo nos sanamos individualmente; contribuimos a sanar la relación entre los sexos en la humanidad, a reconciliar polos enfrentados, a pacificar tensiones seculares. De alguna forma misteriosa, cada acto de amor sagrado *resuena* en la psique colectiva como una nota de armonía.

En palabras del maestro sufí Ibn Arabi, “*El Amor es el idioma secreto de Dios*”. Aprendamos ese idioma a través de nuestros cuerpos, de nuestras caricias, de nuestros éxtasis compartidos. Que nuestra alcoba sea nuestra ermita, nuestro cuerpo su altar, nuestra pasión su incienso. Con humildad y arrojo, recorramos la senda roja del eros con la misma devoción con que otros recorren la senda blanca de la ascética – al final, ambas conducen al mismo pico iluminado. La sexualidad iniciática, enseñada por sabios de antaño y redescubierta por buscadores de hoy, es una puerta dorada hacia la integración y la trascendencia. Atravesarla es nuestro privilegio y quizás también nuestra salvación en medio de un mundo fragmentado.

Que así sea: que Eros, finalmente reconocido como *sanador, maestro y sacerdote*, nos guíe en el sendero hacia el Ser total. Porque en el abrazo verdadero –humano y divino a la vez– se reconcilian el cielo y la tierra, y el alma recuerda su destino inmortal.